

Nuevo activismo en tiempos de imperialismo

George Yúdice*

Para un progresista estadounidense, sobre todo uno formado política y culturalmente en el contexto del movimiento contra la guerra en Vietnam y de los movimientos liberacionistas (etnoraciales, de mujeres, de *gays* y lesbianas, etc.) de los años sesenta, la historia política de los Estados Unidos ha consistido en decepción tras decepción: la elección de Nixon en 1968, el caso Bakke en 1978, que asestó el primer golpe serio a los programas de acción afirmativa, las elecciones de Reagan y del primer Bush en los años ochenta, los fracasos de Clinton en los años noventa y el nauseabundo fraude electoral que nos trajo a Bush hijo, avatar posmoderno del fascismo para inicio del siglo XXI. Estos reveses, que por su persistencia habría acaso que considerar ya no como reveses sino como más de lo mismo, trajeron consigo las intervenciones más descaradamente imperialistas: desde la intervención contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile, el asesinato de centenares de miles de personas en Timor Oriental (con la complicidad de Kissinger) en los años setenta, desde la guerra sucia contra los sandinistas en Nicaragua y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador y la alianza del gobierno de Bush padre con los fundamentalistas islámicos contra el gobierno pro-soviético de Afganistán en década de 1980, a la primera invasión a Irak en 1991 a partir de la cual han muerto más de un millón de iraquíes, llegando a la actualidad con las guerras a los Talibanes en el año 2002 y contra Irak en el 2003. Dejo de lado, desde luego, la mirada de otras intervenciones, pues mi propósito no es hacer un elenco sino simplemente dejar constancia de la frustración que siente un progresista estadounidense, sobre todo ahora que el *business-as-usual* imperialista adquiere fuertes rasgos fascistas.

No todo es frustración, pues estos nefastos eventos han sido repudiados por enérgicos movimientos de oposición. Como explica Doug McAdam (1994), los movimientos del pasado dejan un legado que es aprovechado por los movimientos más

* New York University. Investigador invitado del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, Convenio UCV - Fundación Rockefeller
Correo electrónico: gy2@nyu.edu

recientes, siempre con la presencia y la vitalidad de nuevos actores. La experiencia organizativa contra la guerra en Vietnam, por ejemplo, ha sido un acervo para el movimiento de solidaridad y de santuario para con los insurgentes en las guerras civiles centroamericanas de los años ochenta. El movimiento de solidaridad a su vez se reconvirtió al multiculturalismo estadounidense a principio de los años noventa, con el cese de esos conflictos bélicos. Luego, el neo-zapatismo, con su enorme impronta mediática, influenció aspectos del *modus operandi* del acaso mal llamado movimiento anti-globalización. En la actual encrucijada se está viendo la recuperación de este último movimiento tras el revés sufrido ante el recrudecimiento de las fuerzas de seguridad y vigilancia a partir de los atentados del 11 de septiembre. Las manifestaciones contra la guerra en Irak de fines del 2002 y de la primera mitad del 2003 tienen mucho del espíritu del movimiento anti-globalización y a su vez aportan elementos nuevos, que comentaré en el último apartado de este ensayo.

El auge de un nuevo fascismo

Una parte fundamental del argumento de este ensayo es que vivimos en circunstancias muy diferentes a las de la segunda mitad del siglo XX, circunstancias que generan una nueva oleada fascista. Si bien hubo un recrudecimiento militarista en los años sesenta, éste fue contrabalaceado por las manifestaciones masivas y el auge del movimiento de derechos civiles, que con la intervención del Tribunal Supremo (entre otros actores) lograron imponer investigaciones y sanciones, que condujeron al final de la guerra en Vietnam. Pero después de más de 20 años de selección de juristas conservadores, a partir del gobierno de Reagan, el Tribunal Supremo ha abandonado su rol de contrabalacear el poder del ejecutivo. Más bien, se ha aliado con los republicanos para robarse la presidencia a fines del año 2000. Y desde luego, los atentados del 11 de septiembre establecieron un clima político en el cual el Congreso entregó poderes casi absolutos al ejecutivo para conducir guerras ya no sólo contra quienes pueda comprobarse que son terroristas, sino también contra quienes el Presidente mismo quiere considerar como tales (sin pruebas confirmadas). Además, se le concedió al gobierno de Bush el poder de abrogar las libertades civiles a los ciudadanos estadounidenses, cosa que no había ocurrido *de jure* ni durante el Macarthysmo.

La destrucción de las libertades civiles, es —junto con el militarismo, el racismo, la represión de la ciudadanía, el debilitamiento de los sindicatos, la decepción propagandística y el control de los medios, todo esto también practicado por el gobierno de Bush— uno de los rasgos principales del fascismo. Desde luego, este fascismo no se presenta públicamente de la misma manera que en los años veinte y treinta, pues en lugar del estilo autoritario, paternalista y chillón de un Mussolini o un Hitler, Bush se presenta como un líder compasivo y muy atento a la imaginería del multiculturalismo cromático. Se trata de lo que Bertram Gross (1982) llama “fascismo amigable,” frase acuñada para referirse a Ronald Reagan. Gross escribió, citando al economista Robert Lekachman: “Ronald Reagan es sin duda el presidente más

amable que destruyó a un país y redujo la cantidad de leche para estudiantes carentes de recursos [...] La imagen de Ronald Reagan es pues la del fascista amigable”¹.

Bush hijo ha logrado mucho más: al mismo tiempo vez que nombra el gabinete más multicultural en la historia del país (más afroamericanos, más latinos, más asiáticos, más mujeres), las agencias de vigilancia y seguridad persiguen a árabes y paquistaníes, y el sistema policial encarcela y ejecuta a más afroamericanos que en cualquier otro período. De hecho, Bush hijo promovió la pena de muerte cuando fue gobernador de Texas.

Los republicanos han encontrado la fórmula justa para proyectar una imagen más o menos razonable, con la voz afelpada y los argumentos de corte empresarial para convencer a la ciudadanía de sus medidas, a la vez que vuelcan al país en el mayor belicismo desde la guerra en Vietnam. La caracterización del gobierno de Reagan que hiciera Gross hace veinte años es todavía más válida en el caso de Bush hijo:

No se crea que los fascistas modernos son como Hitler o Mussolini. Los tiranos del Big business de hoy son tan proclives a usar la violencia, pero lo hacen con mayor eficacia que los fascistas de antaño —con más alta tecnología y costos más bajos. Son más guapos, tienen los mejores políticos, celebridades y mecanismos de control que se puedan comprar. Desde luego, sus conciencias les dirán que sería ideal una verdadera democracia. Pero prescinden de la conciencia, socavando así los derechos de las clases trabajadoras y medias. Su *modus operandi* es “Poder, Dinero, Masculinidad, Homicidio —y también Blancura— constituyen lo Correcto.” Destruyen el ambiente. Nos engañan, nos someten, nos usan y abusan, de manera que nos guste. Nos dividen por raza, sexo, clase y nacionalidad. Pero temen el poder de los sin poder. Temen lo que podríamos hacer si nos despegáramos de la pantalla tonta de la TV y de las drogas, y si abandonásemos los *night clubs* y la competencia a ultranza, librándonos de esa manera, para trabajar colectivamente por el derecho a la igualdad y las oportunidades (Gross, 1982:13) [traducción propia, G.Y.].

No hay que olvidar que el militarismo es un componente fundamental estratégico del fascismo para efectuar una revolución desde arriba, en pro del capitalismo y contra los intereses laboristas y ciudadanos. Añádase el patriotismo surgido de los atentados del 11 de septiembre que Bush ha logrado instrumentalizar, con la colaboración de los medios, para facilitar su aceptación, y se llega a la conclusión alarmante de que es muy difícil contener este nuevo fascismo. Sólo así se explica que 52% de la población se haya tragado la mentira de que Saddam Hussein fuera aliado de Al Qaeda. Así informó un reportaje del *New York Times* del 12 de julio de 2003:

El caso de la administración fue persuasivo. En una encuesta llevada a cabo el mes pasado por Knowledge Networks, 52 por ciento de los encuestados dijeron que creían que los Estados Unidos había encontrado pruebas claras en Irak de que Saddam estaba colaborando estrechamente con Al Queda —a pesar de que tales pruebas jamás fueron encontradas (Associated Press, 2003) [traducción propia, G.Y.].

1. Bush y su gobierno han sido caracterizados como fascistas por Binion (2000), Kellner (2002), Knight (2002), Rupert (2001) y Vann (2003).

Como ya expliqué, ni el Tribunal Supremo, ni el Congreso, ni los demócratas, supuesto partido de oposición, ni la prensa, ni los medios que deberían informar objetiva y verídicamente, desempeñan las funciones correspondientes a una democracia. Sólo ahora que la verdad acerca de las mentiras de Bush están saliendo en otras partes, la prensa se ve forzada a informar. Pero como explico posteriormente en este texto, se trata de informes que la gran mayoría no ve porque leen periódicos y miran noticieros que son casi voceros del gobierno. Y puesto que los republicanos se robaron las elecciones del año 2000, ni siquiera se puede decir que los Estados Unidos son una democracia formal, si nos atenemos a la definición mínima de democracia.

Luego volveré sobre las movilizaciones contra esta triste situación política, social y cultural, pero cabe mostrar hasta qué extremo se ha arraigado el fascismo. Uno de los indicadores más importantes de una democracia viable es la libertad que se tiene para hacer críticas. En Estados Unidos esta libertad se viene circunscribiendo cada vez más. Poco después de los atentados del 11 de septiembre, el procurador general Ashcroft dijo que sólo había dos opciones: estar con el gobierno estadounidense o estar con los terroristas. El portavoz del Presidente, Ari Fleischer, añadió: “Debemos recordarles a todos los americanos que deben cuidar lo que dicen, cuidar lo que hacen” (citado en Knight, 2002). Ante estas amenazas, a las que volveré luego, y el miedo al terrorismo, que crecerá con el militarismo que debe ponerle fin pero que no hará sino producir más terrorismo, se siente palpablemente el peligro para los que critican al gobierno.

Luego de los atentados del 11 de septiembre, algunos grupos de la sociedad civil buscaron callar a los críticos del gobierno. Derechistas como los reverendos Jerry Falwell y Pat Robertson, que injuriaban no sólo a los terroristas y a quienes criticaban al gobierno estadounidense, extendieron su bilis a los que no coincidían con ellos, como ocurrió en las guerras culturales: “los paganos y los abortistas y las feministas y los *gays* y las lesbianas que procuran imponer a toda costa un estilo de vida alternativo, y American Civil Liberties Union (ACLU) y People for American Way y todos aquellos que han tratado de secularizar Estados Unidos” (Falwell, 2001). Muchos comentaristas señalaron atinadamente que esos derechistas y los talibanes comparten el mismo impulso de eliminar a quienes no están de acuerdo con ellos. Entre los que deben ser eliminados se encuentran los que trabajan en la Universidad que, según fantasean estos fanáticos, no es sino un vivero de traidores y degenerados.

Organizaciones de derecha como el American Council of Trustees and Alumni (Consejo Norteamericano de Síndicos y Ex alumnos), un grupo conservador y sin fines de lucro de cancerberos que se opone a las tendencias liberales en la academia, registraron los nombres de profesores, investigadores y estudiantes cuyas críticas a la administración de Bush les había acarreado la infamia de ser antiamericanos (Eakin, 2001). La declaración del Consejo, que comenzó con una cita de Lynne Cheney (miembro de la junta y esposa del vicepresidente de los Estados Unidos) promoviendo el estudio de la historia norteamericana, estaba destinada a quienes ponían en peligro esa historia —principalmente los profesores de Estados Unidos— “con respuestas moralmente ambiguas” o denunciando a su país cuando emprende la guerra contra el

terrorismo. Así pues, los liberales que invocan “la tolerancia y la diversidad como antidotos del mal” son descritos como “el eslabón débil en la respuesta americana al ataque” (Martin y Neal, 2001).

El patriotismo aguzado por el gobierno y los medios resultó en que una gran mayoría de la población estadounidense apoyó la acción bélica contra Afganistán. Pero se trató de un apoyo bélico casi sin cuestionamiento, pues los medios masivos colaboran con el gobierno para mantener a la población en la ignorancia de los motivos y el grado del daño ocasionado por las intervenciones militares estadounidenses en el extranjero. Esta colaboración, y la disposición cívica incondicional, guarda mayor concordancia con una sociedad de control que con el concepto más tradicional de sociedad civil. El problema no es, como señala Robert Putnam (2000, 2001), que la gente ya no se asocia, pues basta mirar a todos los grupos identitarios que se han formado a lo largo y a lo ancho de Estados Unidos. El problema se vincula más bien con la emergencia de una sociedad del espectáculo, con la decadencia de los sindicatos, con la privatización de los servicios del Estado benefactor (por ejemplo, la educación y la salud) e irónicamente, con el surgimiento de una derecha radical que se ha apropiado de las tácticas de los movimientos sociales (incluida la desobediencia civil, a menudo rayana en el terrorismo), todo lo cual atestigua la inviabilidad de la noción de sociedad civil. Fuera del movimiento anti-globalización, del que me ocuparé luego, no ha habido una campaña pública para que se haga justicia con los ejecutivos de Enron, Halliburton, Harken, WorldCom y otras empresas norteamericanas, muchas de ellas liderada por amigos o miembros del gabinete de Bush (Cheney, vicepresidente de los Estados Unidos fue el presidente de Halliburton). Al contrario, el gobierno de Bush viene haciendo todo lo posible para que estas empresas saquen provecho de la acción militar en Afganistán e Irak.

Varios observadores de la guerra en red han subrayado que quienes controlan la información y su encuadre ganarán una guerra que no es ni de maniobras ni de posiciones (Arquilla y Ronfeldt, 2001; Garreau, 2001). El gobierno estadounidense ha recurrido a la publicidad para difundir su mensaje, y con ese fin ha reclutado a las industrias del entretenimiento. Así pues, se buscó a Muhammad Ali y a otras celebridades para filmar películas de propaganda exhibidas en los países islámicos (Associated Press, 2001). Según un informe de *The New York Times*, el Departamento de Estado planificó “una campaña televisiva y publicitaria para tratar de influir en la opinión sobre el Islam; una parte tendría como protagonistas a celebridades norteamericanas, comprendidas las estrellas del deporte, y la otra, un mensaje de carácter más emotivo” (Gordon, 2001). Los militares también invitaron a cineastas como Steven E. De Souza y Joseph Zito, el director de *Delta Force One*, a crear nuevos escenarios terroristas de modo que a Estados Unidos no lo tomen desprevenido (Roberts, 2001). La colaboración con Hollywood llegó hasta el punto de intercambiar técnicas de simulación, utilizadas para los efectos especiales en el cine y para el adiestramiento en la guerra (Bart, 2001; Hart, 2001; Sieberg, 2001; CNN, 1999). Por ejemplo, el Instituto para Tecnologías Creativas en la Universidad de California del Sur consiste en una asociación de 45 millones de dólares entre empresas de alta tecnología de Los Angeles, la Academia y la industria del entretenimiento “destinada a la investigación conjunta

del modelismo y la simulación [con] valiosas aplicaciones para el ejército, así como para el entretenimiento, los medios masivos, los juegos de vídeo, el cine, los parques temáticos y las industrias relativas a la tecnología de la información [...]” (Der Derian, 2001:163) [traducción propia, G.Y.]. Se trata de un uso massmediático muy distinto del que normalmente se estudia en las investigaciones sobre los medios masivos y de las comunicaciones. Cuantos más espectadores compartan estos escenarios y parámetros para interpretar el mundo, tanto mayor será el control detentado por lo que Der Derian denominó el complejo militar, industrial, mediático y del entretenimiento.

Se trata de un uso más eficaz del control y de la censura mediática, pues se logra conocer los marcos interpretativos que usa el público para procesar esos tipos de información y situaciones. Se ha hecho alarde de los métodos utilizados por los militares para imponer un estricto control sobre el acceso a las imágenes y presentar nuevas visiones bélicas (por ejemplo, cámaras de vídeo colocadas en supuestas bombas teledirigidas) durante la Guerra del Golfo en 1991 (Denton, 1993; Gebner, 1992; Livingston, 1997). Para Virilio, ello introdujo “nuevas lógicas de percepción” a través de imágenes satelitales que permitían el control remoto (véase en Der Derian, 2001: 64-65). Ese control y las imágenes igualmente engañosas de golpes “quirúrgicos” contra el enemigo, dieron a los espectadores una falsa sensación de seguridad. Estados Unidos no volvería a permitir, ni a los noticiarios ni a los medios masivos, dar una información que sirva de pasto a las protestas de los ciudadanos. Los periodistas irían ahora a los lugares y escenarios escogidos por el gobierno, o bien éste se limitaría a manipular imágenes satelitales. La guerra en Afganistán ha sido aun más vergonzosa. El 10 de octubre de 2001, Condoleezza Rice, asesora de Seguridad Nacional de Bush, pidió que los canales televisivos no transmitieran mensajes inéditos enviados por Osama Bin Laden. Casi todos los canales aceptaron el pedido (Roberts, 2001). La presión ejercida por el gobierno estadounidense sobre los medios se extiende más allá de las fronteras nacionales. Parte de esa influencia es producto del “efecto CNN”, derivado del hecho de ser el canal propietario de corporaciones transnacionales sinérgicas a escala global, de su cobertura de noticias durante las veinticuatro horas del día y de su “habilidad para interconectar tantas fuentes de vídeo, salas de redacción y cancillerías con tantos televisores en tantos lugares remotos del mundo” (Hatchen 1999 citado en Semati, 2001) [traducción propia, G.Y.]. En toda América Latina, los televidentes se hallaban sujetos al sonido editado y a las imágenes en vídeo, lo cual “violaba los propios manuales de estilo de la CNN [...] y la norma de igualdad de acceso a las opiniones alternativas. La CNN infringió sus códigos en todos estos aspectos, movida por el patriotismo y por una venganza sedienta de sangre” (Piscitelli, 2001) [traducción propia, G.Y.]. Pero más que estas razones subjetivas, la CNN estableció el modelo de la televisión global en cuanto medio masivo impulsado por el conflicto (Semati, 2001).

Junto con el control político y militar que ha logrado Bush, es el comportamiento de los medios en lo que respecta a la guerra contra Irak lo que mejor sostiene la aseveración de que Estados Unidos está entrando en un nuevo período fascista. El gobierno estadounidense ha controlado omnímodamente toda cobertura periodística, prohibiendo la prensa independiente y seleccionando a los periodistas que podrían

acompañar a las tropas invasoras, asegurando así que se informaría sobre la guerra desde la perspectiva militar. Más aún, se les dio instrucciones a estos periodistas para que evitaran reportajes que pudieran comprometer la iniciativa bélica. Y según un reportaje investigativo, la mayoría practicó la auto-censura (Michaels, 2003b). De hecho, algunas cláusulas de las instrucciones del Pentágono obligan a los periodistas a mentir o ponerle una mejor cara a los hechos. Por ejemplo, “Si se les expone a los medios a informaciones sensitivas deben ser cuestionados e informados para que sepan qué *ítems* deben dejar fuera de sus reportajes”. Según Bryan Whitman, secretario asistente de Defensa para Operaciones Mediáticas explica que hay que proteger información para asegurar el éxito de una operación.

Como revela Robert Fisk, los medios tienen sus propios reglamentos para asegurar que los reportajes sean “equilibrados,” aun cuando la realidad no sea equilibrada. Una de las maneras en que se logra este “equilibrio” es citar fuentes como “altos oficiales de defensa,” “oficiales del gobierno,” “oficiales de inteligencia,” “oficiales militares,” etc., sin dar sus nombres (Michaels, 2003b). Y si no bastara con controlar la información, el gobierno ha incorporado a periodistas que cuentan mentiras que justifican sus acciones. Este es el caso de Judith Miller, periodista del *New York Times*, que informó falsamente que las fuerzas armadas de Saddam Hussein había destruido armas de destrucción masiva pocos días antes del ataque estadounidense (Miller, 2003). Miller, periodista incorporada en el Equipo Alpha de Explotación Móvil — Mobile Exploitation Team Alpha (MET Alpha), recibió información no corroborada de que se había localizado a un científico iraquí que tenía conocimiento de un programa secreto para fabricar armas. Como ella misma informa, “no se le permitió entrevistar al científico ni visitar su casa. Tampoco se le permitió escribir acerca del descubrimiento hasta después de tres días, cuando su texto fue entregado para la inspección de los oficiales militares [estadounidenses]” (Miller citada en Martin, 2003) [traducción propia, G.Y.]. No obstante citó declaraciones del científico a MET Alpha, sin haberlas oído ella misma, acerca de la manufactura de armas prohibidas y del canje con Siria de tecnología para fabricar armas químicas y biológicas. Llega hasta escribir que “más recientemente Irak ha estado cooperando con Al Queda” (Miller citada en Martin, 2003) [traducción propia, G.Y.].

El hecho de que *The New York Times* permitiera que se publicara este reportaje sin la corroboración de un testigo u observador independiente es indicativo de la intención de fabricar las evidencias que el gobierno estadounidense necesitaba para justificar su invasión a Irak. Y de hecho, este reportaje funcionó como la fuente de todos los otros reportajes en prensa y televisión, que el gobierno de Bush usó como evidencia. Pero como se acaba de descubrir públicamente el 7 de julio de 2003, Bush y sus asesores, a pesar de usar ésta y otras informaciones igualmente dudosas para justificar sus acciones, sabían de antemano que era falsa la declaración que hizo Bush en enero acerca de que Irak había buscado uranio en Africa para fabricar armas nucleares (Sanger, 2003). Más grave aún es la declaración de altos oficiales del gobierno de Tony Blair de que es dudoso que se encuentren armas de destrucción masiva en Irak, contradiciendo así la justificación de la invasión (Hoge, 2003), que ha provocado a algunos ex-oficiales del gobierno de Bush a declarar que ya sabían que no se

encontrarían armas de destrucción masiva (Associated Press, 2003). Si salen estas noticias ahora, es sobre todo porque la oposición le puede sacar una rentabilidad. Pero aún así, la prensa y los medios no llegan a sugerir que Bush y Blair mintieron para llevar a cabo una acción militar en Irak que enriquecería a sus socios políticos y empresariales y que lograría controlar la segunda fuente de petróleo en el mundo.

Movilizaciones contra la guerra

Podemos suponer con Stephen Staples (2001), destacado organizador contra el militarismo estadounidense, que los ataques del 11 de septiembre sirvieron de estímulo a las fuerzas políticas y económicas que produjeron la globalización, sobre todo a las que se han aliado para atacar a Irak. Podemos suponer con Der Derian (2001), además, como se argumenta más arriba, que la prensa y los medios forman parte de un nuevo complejo industrial—militar— de entretenimiento. De ahí que se tenga que formular una estrategia de oposición ya no sólo política y crítica del capitalismo global, sino también de los medios. En el nuevo período fascista en que hemos entrado, este último aspecto es acaso el más importante. ¿Pero cómo llegar a la esfera pública, sin ser tergiversado y ridiculizado, como les ha sucedido a los críticos más importantes del comportamiento estadounidense como Noam Chomsky o Edward Said?

Este es el dilema que se debate en el movimiento anti-guerra desde que se organizaron las manifestaciones de octubre de 2002 para evitar el ataque a Irak. ¿Cómo incidir frente a la simpatía que Bush ha logrado entre la población? ¿Cómo convencer a los que creen que Sadam Hussein estaba detrás de los atentados del 11 de septiembre? Comentaré una nueva estrategia más abajo, pero antes es necesario ofrecer una caracterización del movimiento anti-guerra desde el 11 de septiembre.

Como hasta los neoliberales reconocen —por ejemplo, el columnista neoliberal de *The New York Times*, Thomas Friedman— “la mano oculta del mercado nunca operará sin un puño oculto” de las fuerza militar del imperialismo. El peligro del nuevo activismo de tipo más convencional es que continúe el estilo consumista establecido y que se instale una crítica ineficaz, casi bennetoniana, en su interior. Continúa Friedman, “Los McDonald no pueden prosperar sin McDonnell Douglas, el creador del avión de guerra F15. Y el puño oculto que mantiene el mundo a salvo para beneficio de las tecnologías de Silicon Valley se llama el Ejército, la Fuerza Aérea, la Armada y la Infantería de Marina de Estados Unidos” (citado en Staples, 2001) [traducción propia, G.Y.]. Hay que cuestionar de forma ampliamente pública, la complacencia del complejo comunicacional con el complejo industrial-militar.

La situación en Estados Unidos respecto a la movilización contra el belicismo del gobierno de Bush es contradictoria. Por una parte, el público estadounidense muestra altos índices de aprobación a Bush, debido en parte a la opción de los medios dominantes de adoptar la perspectiva del gobierno en sus informes. Y eso a pesar de que hay bastante información disponible en el extranjero y en medios alternativos de que el gobierno de Bush ha mentido respecto a la justificación de su guerra contra

Irak. Por otra parte, el movimiento contra la guerra declara que no ha habido una movilización semejante de rechazo de la política belicista desde el movimiento contra la guerra en Vietnam en los años sesenta y comienzos de los años setenta. De hecho, se han reunido millones de estadounidenses en manifestaciones para evitar la guerra contra Irak y luego para ponerle fin.

Las primeras expresiones de oposición a la contienda bélica luego de los atentados del 11 de septiembre podían palpase (literalmente) en la calles de Nueva York (warisnottheanswer.org). Estas se entremezclaban con las conmemoraciones espontáneas a las víctimas y con los inauditos debates callejeros. En la noche del 11 de septiembre y en los días posteriores uno podía ver multitud de gente sosteniendo fotografías de sus seres queridos acompañadas con descripciones y pedidos de información. Esas fotografías fueron pegadas en los postes de alumbrado, en los buzones y en las verjas en torno a los pedestales de las estatuas ecuestres en parques y plazas, transformadas por la acumulación de declaraciones, flores, banderas y velas en santuarios provisorios. Las entradas de los cuarteles de bomberos y de destacamentos de policías se hallaban igualmente decoradas con los nombres de quienes habían muerto tratando de salvar vidas.

Aparte de la expresión de solidaridad tan insólita en Nueva York, lo que más me impresionó de esas actividades fueron los debates entablados entre personas cuya formación y creencias eran a veces totalmente incompatibles. En una de estas actividades participaba una joven negra de más de veinte años, quien opinaba que Estados Unidos debería tomar represalias, y un hombre negro de edad madura que había luchado en Vietnam y que se oponía a los ataques militares. Curiosamente, la mujer alegó que esta era una oportunidad para los negros de hacer causa común con los blancos en defensa de la nación; el negro señaló, en cambio, que pese a haber peleado en Vietnam, no gozó de las mismas oportunidades asequibles a sus camaradas, los combatientes blancos. En otra esquina de la plaza, un judío apoyaba el ataque a Afganistán para terminar de raíz con Bin Laden, un palestino pensaba que Estados Unidos había defendido los intereses de Israel durante demasiado tiempo y un hombre blanco opinaba que el plan de Bush para consolidar el Medio Oriente y el sur de Asia respondía a los intereses petroleros. Aunque las voces eran tensas, no hubo expresiones de abierta hostilidad en esa discusión. Toda esta gente, extraña los unos a los otros, sentía la necesidad de relacionarse, en medio del conjunto de actividades conmemorativas que incluía a un grupo de sijs adornados con banderas y cantando “*We shall overcome*”, mientras declaraban su fidelidad a Estados Unidos. Hasta donde yo sé, les llevó semanas a los periódicos y a las cadenas de radio y televisión proporcionar información sobre estas conmemoraciones vernáculas (Kimmelman, 2001). Todavía queda por hacer la crónica de la abundante y diversa emergencia de debates públicos en las calles de la ciudad.

Así pues, se trató de un momento extraordinario y las actividades que suscitó fueron igualmente insólitas. Para unos pocos comentaristas, sin embargo, hubo aspectos que les recordaron acontecimientos previos de la historia estadounidense: las conmemoraciones a los caídos en Vietnam, las “estadas” (*be-ins*) en Central Park, los

murales y *graffiti* del arte público participativo en la zona este de Los Angeles y en el sur del Bronx (Kimmelman, 2001). Los músicos reunidos en parques y plazas también proporcionaron una continuidad entre este momento fuera de lo común y los habituales entretenimientos de fin de semana (“*Performances and Shrines*”). Hubo artistas que procuraron comprometerse con la catástrofe ofreciendo algún tipo de ritual alternativo al patriotismo que “uniría” el país. Entre los eventos iniciados por ellos, uno de los más interesantes y significativos fue “Nuestra pena no es un grito de guerra”.

Organizado por la Red de Artistas del Rechazo y la Resistencia (Artists Network of Refuse and Resist), el sábado 22 de septiembre más de cien artistas con ropas negras y máscaras de polvo blanco se tomaron de las manos y formaron un semicírculo en torno a una parte del perímetro de Union Square, conocida plaza y punto de reunión del sur de Manhattan. Sostenían un póster con el lema: “Nuestra pena no es un grito de guerra”. Esta *performance* se repitió en Times Square el 25 de septiembre y el 5 de octubre (“Artists Network”). El 7 de octubre, se reunieron varios miles de manifestantes en Union Square y marcharon hacia Times Square. La marcha fue organizada por una coalición de grupos de diversas comunidades y elementos constitutivos que rechazan la guerra y el racismo y se niegan a ser silenciados frente a las imágenes de una nación unida por la guerra, publicitadas por el gobierno, las instituciones y los medios masivos (“New York: Not In Our Name”).

Aunque se afirmó que las *performances* y la marcha eran actos de duelo, en rigor se parecían más a las protestas contra la globalización iniciadas en diciembre de 1999 en Seattle, o quizás a las marchas de las Madres de Plaza de Mayo en Argentina. Pero no se limitaron a mostrar la documentación de los desaparecidos en pancartas y pósters. El 11 de octubre, se publicó en *The New York Times* el siguiente editorial titulado “In the Body’s Place”:

En las últimas semanas, la mayoría de nosotros se ha visto obligado a reconsiderar los presupuestos que abrigamos, tácita e inconscientemente, acerca de la muerte y del morir. Uno de los supuestos más elementales es el siguiente: cualquier cosa que se lleva la muerte, siempre deja un cuerpo detrás. Esta es una verdad profundamente arraigada en nosotros, sea por la religión, la experiencia o el simple orden biológico. El cuerpo que queda después de la muerte deviene el *locus* del dolor; deviene, extrañamente, un auxilio, pues su misma presencia ayuda a definir lo que se ha perdido. En los rituales que acompañan el entierro y la cremación hay una gravedad, una certidumbre que, con el tiempo, contribuye a la recuperación de quienes siguen viviendo [...]. La ciudad de Nueva York está haciendo cuanto puede para poner término a este duelo, consagrando los escombros pulverizados del sitio donde se hallaba el World Trade Center y depositándolos en pequeñas urnas de caoba que se entregarán a los familiares de las víctimas en un ceremonia religiosa de conmemoración que se realizará en el mes en curso (*The New York Times*, 2003) [traducción propia G. Y.].

Sin embargo, apenas un mes más tarde, quedaban muy pocos santuarios, y cuatro meses después, hasta su recuerdo había desaparecido. Según algunos, la guerra en Afganistán y los sentimientos nacionalistas utilizados por los políticos para tratar de legitimarla, no han sido sino una manera de aceptar el trauma. Pero a mi juicio ha sido más una “puesta en escena” (*acting out*) de impulsos violentos hacia un

enemigo reificado y categorizado que un trabajo de elaboración (*working through*) que conserve vivo el recuerdo y que no deje libre de responsabilidad a ninguna de las partes involucradas. Hay poca participación popular en la construcción de la memoria en un proceso de estas características. El levantamiento de monumentos tampoco bastará para recordar lo ocurrido. Pese a las protestas en contrario (Dunlap, 2002), los monumentos no activan la memoria. La vasta mayoría pasa junto a ellos sin verlos siquiera. Es más, nuestro espacio público es permanentemente saturado por la industria del infoentretenimiento para ayudar a olvidar, o malinterpretar, los hechos derivados de nuestras estrategias geopolíticas. Estos medios masivos operan como un ala del Departamento de Defensa desde la Guerra del Golfo y se han apoderado de los rituales del espectáculo y la creación de significado que constituyen el ámbito del duelo.

Ante esta manipulación de los medios, muchas de las manifestaciones contra la guerra han sido consideradas por amplios sectores de la población como un repudio del patriotismo y hasta una traición. Es evidente que algo está cambiando en la práctica de las manifestaciones, y quizás no sólo en Estados Unidos. La violencia en las manifestaciones anti-globalización en Génova, donde murió Carlo Giuliani en julio de 2001, tuvieron dos efectos: primero, diseminar un discurso policial de intolerancia a manifestaciones violentas, y segundo, producir dentro del movimiento anti-globalización una división entre los que favorecían actos violentos, para atraer la atención, y los que regeneraron un discurso a favor de la desobediencia pacífica. Los atentados del 11 de septiembre tuvieron un impacto decisivo en este debate. Por una parte, se justificó una actitud de cero tolerancia; era evidente que los cuerpos policiales alrededor del mundo no tolerarían la violencia y que reaccionarían incluso ante la desobediencia pacífica como si fuera violenta. Por otra parte, la enormidad de los atentados produjo en los manifestantes un respeto por los muertos. Al menos en los primeros meses después de los atentados, ese respeto imperó.

Ahora bien, lo que caracteriza a las manifestaciones contra la guerra en Afganistán y luego en Irak, y que se comparte con el movimiento anti-globalización es el activismo reticular que opera en varias escalas (de lo local a lo global), que es sumamente plural y carece de un centro organizador. Pero es justamente contra este activismo en red, que los cuerpos de seguridad y vigilancia asimilan a las células dormidas de las redes terroristas, que los cuerpos de seguridad y vigilancia actúan a partir del 11 de septiembre, y de hecho antes, como se ve en el trabajo de John Arquilla y David Ronfeldt —asesores del Instituto Nacional de Investigación en Defensa, un centro financiado por la Oficina de la Secretaría de Defensa, los Jefes de Estado Mayor y otras agencias de defensa—la única forma de combatir una red es organizarse en red y atacar de sorpresa en grupos flexibles y con capacidad de actuar inmediatamente. La eficacia proviene no de la acción en masa, sino de la constante dispersión y de la forma de acondicionamiento (*packetting*). Arquilla y Ronfeldt no distinguen entre los grupos que estudian. Es decir, combinan grupos progresistas con terroristas como si fueran lo mismo y probablemente para desprestigiar a los primeros. Por ejemplo, los narcotraficantes pueden dividir grandes cargamentos de drogas en pequeños paquetes para el transporte simultáneo a través de varias fronteras; los activistas de ONG, como en el caso de los Zapatistas, tienen bastante diversidad en sus cuadros

como para responder a cualquier acontecimiento —por ejemplo, la violación de derechos humanos o ambientales (Arquilla y Ronfeldt, 2001: 13). Otros ejemplos mencionados por los autores son la resistencia chechena y la lucha anti-globalización nacida en Seattle.

De ahí tanto la mayor vigilancia policial de los espacios públicos como de las redes de comunicación de telefonía e Internet, y la colaboración con el gobierno de las empresas que proporcionan estos servicios. Ya se están imponiendo nuevas tecnologías con el potencial de invadir todo el espacio del sujeto. Por ejemplo, los nuevos aparatos biométricos para el reconocimiento ocular y los *scanners* retinales, que obligan a las personas a mostrar la cara para el escaneo electrónico (Kilgannon, 2002). Otra nueva tecnología son los documentos inteligentes de identificación (*smart cards*), que contienen en sus cintas magnéticas información que puede ser usada por la policía y otros servicios de seguridad. Estas tecnologías, a su vez, requieren enormes bancos de datos para la detección y reconocimiento de criminales y personas consideradas peligrosas. Pero como explica David Lyon (2001) especialista en ciberseguridad, estas tecnologías probablemente tendrán consecuencias imprevistas, como el fortalecimiento de prácticas informales de división y exclusión social.

El movimiento anti-globalización, así como el movimiento anti-guerra, cada uno de los cuales consiste en una mirada de grupos muy distintos, tienen, pues, que luchar no sólo para lograr sus objetivos —frenar el poder de las grandes empresas y evitar el militarismo— sino también por mantener su derecho a luchar. El espacio público es cada vez menos público. Esto se ve en todas las manifestaciones en Estados Unidos después del 11 de septiembre. Los municipios, con la colaboración de la Guardia Nacional y otros cuerpos policiales y militares a escala nacional, determinan los itinerarios que los manifestantes deben recorrer. Si se transgrede ese curso, uno es arrestado inmediata e inmisericordiosamente. Para este propósito se usan todas las tecnologías de vigilancia y se llenan las calles de tantos policías como manifestantes.

Tanto el movimiento anti-globalización como el movimiento anti-guerra en Estados Unidos vienen acomodándose a esta situación, de la misma manera que los viajeros se resignan a los nuevos procedimientos de seguridad en los aeropuertos. Todos sabemos que si ofrecemos la menor resistencia seremos arrestados instantáneamente. De ahí que el movimiento anti-guerra haya generado una estrategia *mainstream* para llevar a cabo sus protestas. Como expliqué más arriba, los movimientos sociales siempre tiene un antecedente, una experiencia de organización y despliegue que les son legados de movimientos anteriores. En el contexto estadounidense, los grupos más radicales, como el Socialist Worker's Party, se han arrogado el deber de organizar las grandes manifestaciones, desde la oposición a la guerra en Vietnam hasta las manifestaciones contra la intervención de Estados Unidos en Centroamérica, Iran, e Irak (1991). Pero las manifestaciones post-11 de septiembre ya muestran un *modus operandi* distinto.

Muchos ciudadanos que se oponen al incremento bélico y que no tienen antecedentes de izquierda, han creado sus propias organizaciones, a menudo con gran capacidad de convocatoria, basados en antecedentes religiosos o civiles. Además,

muchas ONG de corte progresista-liberal, que tienen experiencias de organización en red para promover sus causas (las llamadas *advocacy networks*), han pluralizado el espacio activista. Todo este activismo ha resultado en la legislación de 140 resoluciones en municipios que contienen a más de 30 millones de estadounidenses (casi 11% de la población). El 13 de febrero se juntaron representantes de estos municipios frente a la Casa Blanca en una manifestación llamada “Ciudades por la Paz,” para aumentar el volumen de la “conciencia colectiva de nuestro país” (Nichols, 2003).

John Cavanagh, del famoso Institute for Policy Studies (IPS), probablemente el *think tank* de izquierda más importante en Estados Unidos, declaró en esa ocasión que “atestiguamos el surgimiento de un impresionante movimiento de base que ha tenido el papel de transformar el debate respecto a la guerra y que [...] ofrece un nuevo modelo para educar y organizar que les da a las bases una voz real en los debates sobre asuntos nacionales e internacionales” (citado en Nichols, 2003) [traducción propia, G.Y.]. Medea Benjamin, otra organizadora veterana de movimientos progresistas y co-fundadora de Global Exchange, en ocasión de una manifestación para evitar la invasión a Irak, observó: “estamos construyendo un movimiento anti-guerra de una envergadura que no se ha visto en este país desde el movimiento de paz que puso fin a la guerra en Vietnam [...] Lo que este nuevo movimiento de paz tiene de particular es que no han tenido que caer bombas para que los activistas de paz y de justicia social hayan llegado al punto que les llevó años a los activistas contra la guerra de Vietnam” (citada en Mark, 2002) [traducción propia, G.Y.].

Cabe mencionar algunos de los centenares de grupos que se vienen organizando en red en el movimiento contra la guerra, cada uno de los cuales tiene su página *web* que facilita la organización de manifestaciones y otras acciones. Algunos grupos fueron creados a partir de los atentados del 11 de septiembre y las amenazas del gobierno estadounidense de invadir Afganistán e Irak: A.N.S.W.E.R. (Act Now to Stop War and End Racism), Black Voices for Peace, Education for Peace in Iraq, Iraq Action Coalition, National Campus Antiwar Network, Not In Our Name, Peaceful Tomorrows, PRAWN (Philadelphia Regional Anti-War Network), Post-September 11 Movement Strategies, United for Peace and Justice, US Labor Against the War, Vote No War. Otros grupos ya existentes orientaron parte de su labor a la oposición al intervencionismo y a la transgresión de los derechos humanos de árabes y sud-asiáticos: Alternet.org, American Friends Service Committee, Americans for Peace Now, Avenging the Ancestors Coalition (ATAC), Ben & Jerry’s, Fairness and Accuracy in Reporting, Fellowship of Reconciliation, FTAA-L, Global Exchange, Grassroots International, Green Party, Independent Media Center, Liberty for All, Michaelmoore.com, Minority Experience Network, Mother Jones’ War Watch, *The Nation*, Nonviolence.Org, Peace Think Tank, Pendle Hill, People For the American Way, TomPaine.com, TruthOut.com, Vandenberg Action Coalition, Voices in the Wilderness, War Resisters League, World Socialist Web Site, Z Magazine ².

2. Para la descripción de estos grupos o ejemplos de su activismo, véase “AlterNet: War or Iraq”; “5000 Protest...”; Liberty for All; Nelly (2003). Para un listado de las acciones contra la guerra, véase American Friend Service Committee (2003); Mehren (2001).

Es evidente que estos grupos trabajan en torno a una enorme variedad de asuntos, característica de las redes activistas. Pero aun con esta capacidad de alcanzar a diversos sectores de la población estadounidense, se trata de sectores que en su mayoría ya están convencidos y que saben dónde obtener información congruente con sus puntos de vista críticos. Muy diferente es la situación de la gran mayoría de la población, que lee *US News and World Report* o mira Fox o NBC. El reto es cómo llegar a estos públicos que no tienen la costumbre ni la inclinación a buscar información alternativa. Es por esta razón que ha surgido un ala patriótica del movimiento anti-guerra, para atraer a la gran masa. Se busca criticar a las empresas y medios que se lucran con la guerra sin ofender a sus conciudadanos. Para este propósito grupos como Win Without War, MoveOn y United for Peace and Justice se alejan de esos otros grupos que endosan causas radicales, como la defensa de Mumia Abu-Jamal, acusado de matar a un policía, o de polarizar a los que se oponen a la guerra haciendo referencia constante a la desigualdad racial, como hace A.N.S.W.E.R. De hecho, los grupos que pretenden atraer al *mainstream* hasta han abandonado la desobediencia civil, al estilo de Gandhi o Martin Luther King, Jr. Más bien han adoptado estrategias publicitarias típicas de cualquier empresa que promueve el consumismo, “lanzando campañas mediáticas contra la guerra como si se trata de promocionar un nuevo tipo de refresco” (Zernike y Murphy, 2003).

Estamos pues, en una encrucijada interesantísima, en la que todavía queda por ver si este acercamiento más *mainstream* pueda ayudar a derrotar a los republicanos en las próximas elecciones, o si se acomoda aún más a las estrategias empresariales contra las cuales se lucha. Queda todavía por ver, además, si no resurgirá el activismo más arriesgado, dispuesto a la ilegalidad para hacer que la policía reprima y así crear la impresión de que las fuerzas del orden se han sobrepasado. Desde luego, los cuerpos de seguridad y vigilancia se han sobrepasado y lo triste de la situación es que la mayoría de estadounidenses sigue apoyando la represión, como los viajeros que no se quejan de las medidas de seguridad tomadas en los aeropuertos. De ahí que la estrategia que mejor funcionará, a mi manera de ver, es la que mejor logre poner la verdad en la esfera pública. Acaso la mejor oportunidad se dé justo en este momento, en que se ha hecho evidente que Bush y su gabinete mintieron para justificar la guerra a Irak. Y si la economía sigue mal, es del todo posible que los medios y los demócratas encuentren el coraje para publicitar la verdad. Es posible además, que se llegue a un enfrentamiento más violento entre la derecha fascista y los que buscan mantener algún resguardo de democracia.

Referencias bibliográficas

- AlterNet: War on Iraq. (s.f.). Disponible: <http://www.alternet.org/waroniraq/>
- American Friends Service Committee (2003, marzo 20-28) "Local Activism Highlights: Civil Disobedience Around the Country". Disponible: <http://www.afsc.org/iraq/activism/local.shtml>
- Arquilla, John y David Ronfeldt orgs. (2001) *Networks and Netwars: The Future of Terror, Crime, and Militancy*. Santa Monica Rand. Disponible: <http://www.rand.org/publications/MR/MR1382/>>
- Artists Network of Refuse and Resist (2001, octubre 10) "Artists Performance in New York City: "Our Grief Is Not a Cry for War". Disponible: <http://www.artistsnetwork.org/news/news14.html>
- Associated Press (2003, julio 12) "Ex - Officials Dispute Iraq Tie to al - Qaida". *The New York Times*. Disponible: <http://www.nytimes.com/aponline/international/AP-Bush-Iraq-al-Qaida.html>
- Bart, Peter (2001, noviembre 7) "Bush Crusade Goes Hollywood: Will He Bomb at Box Office?". *Variety*. Disponible: http://dailynews.yahoo.com/htx/nm/20011107/en/industry-war_1.htm
- Binion, Carla (2000) "A Kinder, Gentler Fascism". Disponible: <http://pub40.ezboard.com/fendingcannabisprohibitionwhyitstimetolegalize.showMessage?topicID=330.topic>
- CNN (1999, agosto 18) "U.S. Army goes Hollywood for high-tech training". Disponible: <http://www.cnn.com/US/9908/18/army.hollywood/>
- Denton, Jr. y E. Robert (1993) "Television as an Instrument of War". En Jr Derton y E. Robert (ed.), *The Media and the Persian Gulf War*. Londres: Praeger, pp. 27-42.
- Der Derian, James (2001) *Virtuous war: mapping the military-industrial-media-entertainment network*. Boulder: Westview Press.
- Dunlap, David W (2002) "In Remembrance of Sorrow From Other Times". *The New York Times*. Nueva York, 25 de enero de 2002.
- Eakin, Emily (2001, noviembre 24) "An Organization on the Lookout for Patriotic Incorrectness". *The New York Times*. Nueva York, 24 de noviembre de 2001. Disponible: <http://www.nytimes.com/2001/11/24/arts/24LIST.html>
- Falwell, Jerry (2002, septiembre 13) Entrevista con Pat Robertson. Christian Broadcasting Network, The 700 Club. Disponible: http://www.christianity.com/CC_Content_Page/1,1182,PTID2546%7CCHID101299%7CCHID,00.html. Transcripción disponible en People for the American Way: http://www.pfaw.org/911/robertson_falwell.shtml
- 5,000 PROTEST in PHILADELPHIA to say "Stop U.S. Wars at Home and Abroad" (s.f.). Disponible: <http://www.internationalanswer.org/news/update/071003philj4rpt.html>
- Garreau, Joel (2001, septiembre 17) "Disconnect the Dots". Disponible: <http://www.washtech.com/news/regulation/12516-1.html>
- Gerbner, George (1992) "Persian Gulf War, the Movie". En Hamid Mowlana, George Gerbner y Herbert I. Schiller (eds.), *Triumph of the Image: The Media's War in the Persian Gulf: A Global Perspective*. Boulder: Westview Press, pp. 243-265.
- Gordon, Michael R. (2001, noviembre 6) "U.S. Tries to Rally Public Support Overseas". *The New York Times*. Nueva York, 6 de noviembre de 2001. Disponible: <http://www.nytimes.com/2001/11/06/international/06MESS.html>
- Gross, Bertram (1982) *Friendly Fascism*. Boston: South End Press.
- Hart, Hugo (2001, noviembre 15) "Bringing Hollywood Pizazz to Military Training". *The New York Times*. Nueva York, 15 de noviembre de 2001. Disponible: <http://college4.nytimes.com/guests/articles/2001/11/15/884642.xml>

- Hoge, Warren (2003, octubre 10) "Blair Aides Don't Expect to Find Iraqi Weapons, Reports Say". *The New York Times*. Nueva York, 10 de julio de 2003. Disponible: <http://www.nytimes.com/2003/07/10/international/worldspecial/10CND-WEAP.html>
- Kelley, Martin (2003) "How can we measure the State of the Peace Movement?". Disponible: <http://www.nonviolence.org/peace/siterank.html>
- Kellner, Douglas (2002) "Endless Terror and the Infinite Terror War". 11 de septiembre. Disponible: <http://www.publiceye.org/frontpage/911/d-kellner-911-02.htm>
- Kilgannon, Corey (2002) "Cameras to Seek Faces of Terror in Visitors to the Statue of Liberty". *The New York Times*. Nueva York, 25 de noviembre de 2002.
- Kimmelman, Michael (2001) "A Homegrown Memorial Brings Strangers Together". *The New York Times*. Nueva York, 19 de septiembre de 2001.
- Knight, Rebecca (2002, junio 20) "Fearing Fascism". Disponible: http://www.buzzflash.com/southern/2002/06/20_southern.html
- Liberty for All. Disponible: <http://www.libertyforall.net/doing-something2.html>
- Livingston, Steven (1997) "Beyond the 'CNN Effect': The Media-Foreign Policy Dynamic". En Pippa Norris (ed.), *Politics and the Press: The News Media and Their Influence*. London: Lynne Rienne, pp.291-318.
- Lyon, David (2001) "Terrorism and Surveillance: Security, Freedom, and Justice after September 11 2001". Comunicación presentada en Open Flows Privacy Lecture Series, 12 de noviembre. Disponible: http://privacy.openflows.org/pdf/lyon_paper.pdf
- Mark, Jason (2002, octubre 11) "46 Arrested at Protest Against Congressional Vote For War: San Francisco Federal Building". Global Exchange. Disponible: <http://indybay.org/news/2002/10/1535750.php>
- Martin, Jerry L. y Anne D. Neal (2001) *Defending Civilization: How Our Universities Are Failing America and What Can Be Done About It*. Washington, D.C.: Defense of Civilization Fund, American Council of Trustees and Alumni. Disponible: www.goacta.org/Reports/defciv.pdf
- Martin, Patrick (2003, abril 23) "Manufacturing the news: *New York Times* report on Iraqi weapons of mass destruction". Disponible: <http://www.wsws.org/articles/2003/apr2003/nyt-a23.shtml>
- McAdam, Doug (1994) "Culture and Social Movements". En Enrique Laraña y otros (eds.), *New Social Movements: From Ideology to Identity*. Philadelphia: Temple University Press.
- Mehren, Elizabeth (2001, octubre 28) "On Campus and Off, Antiwar Movements See New Vigor". Disponible: <http://www.latimes.com/news/nationworld/nation/la-102801peace.story>
- Michaels, Henry (2003a, marzo 5) "CNN imposes new 'script control'". WWSWS. Disponible: <http://www.wsws.org/articles/2003/mar2003/cnn-m05.shtml>
- Michaels, Henry (2003b, marzo 5) "Pentagon, media agree on Iraq war censorship". WWSWS. Disponible: <http://www.wsws.org/articles/2003/mar2003/med-m05.shtml>
- Miller, Judith (2003) "Illicit Arms Kept Till Eve of War, An Iraqi Scientist Is Said to Assert". *The New York Times*. Nueva York, 21 de abril de 2003.(A-1).
- New York: Not In Our Name (2001, octubre 10). Disponible: <http://www.nynotinourname.org/>
- Nichols, John (2003) "Building Cities for Peace". *The Nation*. Nueva York, 13 de marzo de 2003. Disponible: <http://www.thenation.com/doc.mhtml?i=20030331&c=1&s=nichols>
- The Artists Network (2001, septiembre 18) "Performances and Shrines Express a Collective Grief". Disponible: <http://www.artistsnetwork.org/news/news14.html>
- The New York Times* (2001) "In the Body's Place". Nueva York, 19 de octubre de 2001 (Editorial). Disponible: <http://www.nytimes.com/2001/10/19/opinion/19FRI4.html>

- Piscitelli, Alejandro (2001, septiembre 11) Editorial. Interlink Headline News, No. 2416. Disponible: <http://www.ilhn.com/ediciones/2416.html>
- Putnam, Robert D. (2000) *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon & Schuster.
- Putnam, Robert D. (2001) "A Better Society in a Time of War". *The New York Times*. Nueva York, 19 de octubre de 2001. Disponible: <http://www.nytimes.com/2001/10/19/opinion/19PUTN.html>
- Roberts, Johnnie L. (2001) "Big Media and the Big Story". *Newsweek*. Nueva York, 13 de octubre de 2001. Disponible: <http://www.msnbc.com/news/642434.asp?cp1=1#BODY>
- Ruppert, Michael (2001, octubre 9) "The Best Enemies Money Can Buy From Hitler To Saddam Hussein to Osama bin Laden - Insider Connections and the Bush Family's Partnership with Killers of Americans". Wilderness Publications 9 de octubre. Disponible: <http://www.copvicia.com>
- Sanger, David E. (2003, julio 8) "Bush Claim on Iraq Had Flawed Origin, White House Says". *The New York Times*. Disponible: <http://www.nytimes.com/2003/07/08/international/worldspecial/08PREX.html>
- Semati, Mehdi (2001) "Reflections on the Politics of the Global 'Rolling-News' Television Genre". *ARCHIVES*, 6 (Spring/Summer 2001) Special Issue: Global Journalism. Disponible: <http://www.tbsjournal.com/Archives/Spring01/spr01.html>
- Sieberg, Daniel (2001, noviembre 23) "War games: Military training goes high-tech". Disponible: <http://www.cnn.com/2001/TECH/ptech/11/22/war.games/>
- Staples, Stephen (2001) "Global Cops: The Corporate Security State's Assault on Democracy". Ponencia presentada en la Conferencia "Global Cops: The Corporate Security State's Assault on Democracy, St. Joseph's Parish, Ottawa, CA, 5 octubre de 2001. Disponible: http://www.redwoodpeace.org/globo_cops.html
- Vann, Bill (2003, junio 5) "The Holocaust and the Bush Family Fortune". World Socialist Web Site. Disponible: <http://www.wsws.org/articles/2003/jun2003/bush-j05.shtml>
- warisnottheanswer.org. (2001, octubre 18) ANTI-WAR & FREE SPEECH DMO this Saturday, Oct. 20 2pm Union Square. NYC. Disponible: students4peace@yahoo.com
- Zernike, Kate y Dean E. Murphy (2003) "Antiwar Effort Emphasizes Civility Over Confrontation". *The New York Times*. Nueva York, 29 de marzo de 2003. Disponible: <http://www.commondreams.org/headlines03/0329-03.htm>